

Artemisa  
*niké*



Philippe Jaccottet

*La oscuridad*

[ RELATO ]

Edición original  
*L'Obscurité*, Éditions Gallimard, 1961

Comité director de Artemisa *niké*

*Francisco León y Jordi Doce*

Asesores

*Rafael-José Díaz*  
*Carlos Jiménez Arribas*  
*Alejandro Krawietz*

Este libro ha sido editado con la ayuda  
del Excmo. Cabildo Insular de Tenerife (Área de Cultura)

Diseño gráfico: Marian Montesdeoca

En cubierta: *Sin título* | Joan Hernández-Piñan

© del texto: Philippe Jaccottet

© de la traducción y el epílogo: Rafael-José Díaz

© Éditions Gallimard

5, rue Sébastien-Bottin, Paris

© de esta edición: Artemisa Ediciones, sl, 2005

Calle San Juan, 64 - Bajo, La Laguna

38203 Santa Cruz de Tenerife | +34 922 25 54 13

[www.artemisaediciones.com](http://www.artemisaediciones.com)

[info@artemisaediciones.com](mailto:info@artemisaediciones.com)

ISBN: 84-96374-16-5

Depósito legal: M-46295-2005

# Índice

## LA OSCURIDAD

[ I ]	9
[ II ]	63

## EPÍLOGO

<i>Cenizas sobre las palabras</i>   Rafael-José Díaz	123
--	-----



[ I ]





Habían transcurrido muchos años desde la última vez que vi a aquel a quien yo llamaba mi maestro (porque había aprendido con él lo esencial de lo que me guiaba), cuando regresé a nuestro país. Era él mismo quien me había impuesto esta separación: temiendo, probablemente con justicia, que me confundiera con él, que perdiera, al seguirlo demasiado cerca, toda existencia personal. Como yo había abandonado el continente y él no se mezclaba ya apenas en la vida pública, pues su retiro en el campo le había permitido, en cierto modo, apagar el resplandor de su gloria, no supe nada más de él, ni siquiera si aún estaba vivo. Sus lecciones, en cambio, habían reportado sus frutos. Volví lleno de fuerza; lo peor ya no me asustaba. Sin embargo, había visto de cerca, durante estos años, manifestaciones de injusticia, de estupidez o de ferocidad que hubieran hecho perder el gusto por seguir viviendo con semejantes recuerdos a personas menos sensibles que yo. En absoluto me había mantenido separado del mundo, y ninguna palabra me parecía lo suficientemente fuerte como para describir su ignominia. Pero, aunque hubiera visto del mundo algo más, la energía de la que yo estaba armado me hubiera bastado para mantenerme en pie, lleno a la vez de estupor y, por extraño que pudiera parecer, de alegría; de una espera que ningún hombre razonable hubiera podido comprender. Había tenido algunas aventuras, pero volvía solo. Y cuando busqué, apenas desembarcado, la huella de

mi maestro, fue con la idea casi confesada de que su alumno lo había superado, de que estaría orgulloso de ver su lección tan bien asimilada, tan intensamente revivida. Empecé por escribir al pueblo donde él vivía con los suyos cuando decidí partir, y donde yo había pasado en su compañía días tan bellos. Al no recibir respuesta, pensé que había debido de decidirse, por los estudios de su hijo, a lo que él temía: volver a la ciudad. Sin embargo, me sorprendió que hubieran añadido a su nombre, en el sobre, la mención de «desconocido». Varios amigos comunes a los que pregunté me confesaron que lo habían perdido totalmente de vista; evidentemente, no le perdonaban que se hubiera retirado a regiones de silencio que les habían sido siempre extrañas; dado que él había buscado la oscuridad, no serían ellos, desde luego, quienes irían a sacarlo de ella. Mi sorpresa crecía, sin embargo, y se teñía de inquietud; llegué a preguntarme si no habría viajado él también, como había soñado en ocasiones, a países lejanos. Finalmente, después de dos semanas en las que mis preguntas, al quedar sin respuesta, se tornaban cada vez más inquietas, decidí ir a ver a un viejo poeta que a mi maestro, recordé en el mejor momento, le gustaba infinitamente por la gracia que parecía natural al más mínimo de sus escritos. Cuando le pregunté a este hombre si sabía adónde había ido quien se contaba entre los más fieles admiradores de su obra, dejó escapar un suspiro que me hizo temer no volver a ver nunca más a mi maestro: un temor que yo no me había confesado claramente hasta entonces. Me dijo a continuación, acordándose de mí y de los lazos que nos habían unido, que mi maestro había abandonado a su mujer y a su hijo desde hacía más de un año; que era ella misma, en el peor de los desconciertos, la que había venido a confesárselo. Ella sabía dónde se escondía, casi totalmente desprovisto de dinero, en un miserable edificio de alquiler de la gran ciudad en la que

su gloria había brillado tiempo atrás; nunca había querido recibirla, ni a ella ni a su hijo, aunque les hubiera cedido casi todo lo que poseía; tampoco ningún amigo había cruzado su puerta; él mismo, el viejo poeta —cuyos ojos ya parecían no mirar más el mundo, sino concentrarse en el estrecho pasaje que tendría que atravesar para abandonarlo— estaba demasiado cansado como para haberlo intentado. Le pregunté si sabía lo que había podido ocurrir, si la joven mujer le había explicado el drama. Ella le había dicho simplemente que su marido había sido atacado por la desesperación como si fuera una enfermedad, de forma increíblemente repentina, pero sin consentir nunca en hablarlo con ella; y que no había tardado en desaparecer, «como esos perros que no quieren que los vean agonizando». Lo que él le había pedido era que lo olvidara, que rehiciera enseguida su vida, que no se preocupara nunca más de él.

Me despedí distraídamente, aterrorizado por la catástrofe que me habían revelado de pronto. En cualquier caso, no dudé mucho tiempo sobre lo que debía hacer; escribí a mi maestro, pues tenía ahora su dirección, diciéndole que estaba de regreso, que tenía prisa por volver a verlo. Al día siguiente, me respondió que me esperaba en su casa al atardecer.